

tened fe, veneración y amor al misterio del amor, y será también para vosotros lo que Jesús, al instituirle, quiso que fuese para todos, el bálsamo de las heridas del alma, la esperanza del perdón, el alimento de la fuerza, el manantial del mérito, el tesoro de la gracia, el sello de la perseverancia final, la prenda de la vida eterna: *Qui manducat hunc panem, vivet in aeternum.*

CONFERENCIA

SOBRE

LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA COMO SACRAMENTO Y SACRIFICIO.

(MANUSCRITO INCOMPLETO.)

Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem seculi. (San Mateo xxviii, 20.)

Y hé ahí que yo estoy con vosotros, todos los días, hasta la consumación de los siglos.

Hacia más de mil años, el Profeta-Rey, Evangelista por anticipación, había trazado á grandes rasgos la historia del Mesías. Había predicho en los términos más claros, que los Reyes de la tierra y las postestades del infierno urdirían una conspiración inicua contra el ungido del Señor, contra el Señor mismo; que se entenderían entre sí, por un corcierto execrable, para darle muerte y para borrar de sobre la haz de la tierra hasta el recuerdo de su nombre; pero que el Dios que habita los cielos sabría desconcertar sus criminales manejos, burlarse de sus autores y cubrirlos de ignominia y de ridículo: *Adstiterunt Reges terræ et principes convenerunt in unum, adversus Dominum et adversus Christum ejus... Qui habitat in caelis irridebit eos, et Dominus subsannabit eos.* (Psalm. 2.)

Y, sin embargo, los impíos, ¿no pusieron en efecto sus

manos sacrílegas sobre el Hijo de Dios hecho hombre? ¿No le crucificaron? ¿No le arrancaron de la tierra de los vivientes, por la más bárbara de todas las muertes, precedida del más ignominioso de todos los suplicios? ¿Cómo, pues, se cumplirá el óraculo profético? ¿De qué modo serán vanos é impotentes los complots de los hombres y de los demonios contra la preciosa vida del Hombre-Dios? El óraculo se ha cumplido á la letra, principalmente por la grande institución de la Eucaristía. Por ese misterio, y en ese misterio, Jesucristo se ha dado una existencia nueva, una nueva vida, que no se le ha podido arrebatar, ni se le arrebatará jamás: la existencia, la vida sacramental, por las cuales, aún despues de haber sido inmolado por un tiempo y en un lugar, se halla, no obstante, siempre existente, siempre vivo, en todos los tiempos y lugares. Sí; á pesar de los esfuerzos satánicos de los hombres para arrojarle de este mundo, ha permanecido en él, y permanecerá hasta el fin de los tiempos, para continuar en él su acción reparadora y santificadora del mundo.

A esta grande é inefable institución de la Eucaristía hizo particularmente alusión cuando, despues de su resurrección gloriosa, para consolar á sus atribulados Apóstoles de una próxima separación, les dijo: «¿Por qué os contristáis? ¿No sabéis que, al volver al cielo, he encontrado el medio de no dejar la tierra? En la Eucaristía, ¿no estoy en todo tiempo con vosotros, y en medio de vosotros hasta el fin de los tiempos?» *Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi.*

Ya hemos explicado la revelación magnífica, la promesa solemne que el amable Salvador quiso hacer del sacramento de los altares, un año completo antes de su institución. Ahora debemos meditar el cumplimiento de esa revelación y de esa promesa; cumplimiento de que

todos los pormenores son tan instructivos como tiernos. Como la revelación y la promesa han hecho conocer mejor la institución, ésta, á su vez, hace concebir mejor la revelación y la promesa. No deben, pues, desunirse esos dos pasajes del Evangelio que se enlazan estrechamente, se explican y se aclaran el uno por el otro, y ambos elevan hasta el último grado de certidumbre y de evidencia la verdad, el alcance y la grandeza de ese misterio. Por la institución, todavía más que por la promesa, sabemos que la Eucaristía es á un mismo tiempo: primero, un verdadero alimento; y segundo, un verdadero sacrificio. Tal es la doble función que le fué señalada por su Divino Autor; y tal es también el doble motivo por el que el Hijo de Dios permanece y permanecerá con nosotros hasta el fin del mundo, siempre pronto á satisfacer todas las necesidades de nuestra alma. *Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi.*

Escuchad, pues, hermanos míos, con un interés claramente particular esta otra instrucción sobre la Eucaristía, porque es necesario que os halléis en disposición, en cuanto sea posible, de daros cuenta de la fe que profesáis, y que conozcáis las sólidas bases sobre que se apoya, como también los absurdos, las incoherencias y la mala fe de los ataques con los que se trabaja en estos días nefandos para arrancarla de nuestros corazones. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Acababa de comenzar aquella horrible noche que los enemigos de Cristo, con su pérfido discípulo, los fariseos y los pontífices, los judíos y los romanos, habían fijado para apoderarse del Mesías é inmolarse á su odio y al ciego furor de Satanás que les inspiraba. Pues bien;

precisamente esa misma noche, en que debía ser entregado (1), fué la que el Hijo de Dios eligió expresamente para dar á los hombres la prueba más grande de la ternura con que siempre los había amado (2), y para mostrarles que, como había sido predicho, las aguas fangosas de tantas ingratitudes, de tantos crímenes, de tantas infamias por parte suya, no habían podido extinguir en su corazón el incendio de su infinita caridad, como tampoco sus esfuerzos satánicos podrían encadenar su poder infinito (3).

Después de haber terminado la cena legal del cordero figurativo; después de haber dado el ejemplo más grande de humildad, lavando él mismo los pies á sus Apóstoles, volviéndose á sentar con ellos á la mesa, tomó en sus divinas manos unos de los panes que habían quedado del festín legal, levantó los ojos al cielo, dió gracias á su Divino Padre, bendijo el pan, le partió, y distribuyó entre sus convidados, diciendo: «Tomad y comed todos de este pan: este es verdaderamente mi cuerpo, ese mismo cuerpo que va á ser entregado por vosotros (4). Luégo, tomando una copa llena de vino y dando también gracias, bendijo el vino, bebió él mismo, y pasó la copa á sus Apóstoles para que bebiesen también, diciendo: «Bebed todos de esta copa; esta es mi sangre, la sangre del nuevo Testamento, que será derramada por vosotros y por todos también, en remisión de los pecados (5). ¡Qué narración!... ¡qué palabras!... ¡cuán sencillo es todo eso, cuán claro y preciso, y al mismo tiempo sublime, misterioso,

(1) In qua nocte tradebatur. (I. Cor., xi, 23.)

(2) Cum dilexisset suos, in finem dilexit eos. (San Juan, xiii, 1.)

(3) Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem. (Cant., viii, 7.)

(4) Cœnantibus autem illis, accepit Jesus panem et gratias agen benedixit, fregit deditque discipulis suis, dicens: Accipite et manducate: hoc est corpus meum qui pro vobis datur. (San Mateo, xxvi; San Lucas, xxii.)

(5) Similiter accipiens et calicem... gratias agit et dedit illis, dicens: Bibite ex hoc omnes; hic est sanguis meus novi Testamenti qui pro vobis fundetur, qui pro multis effundetur in remissionem peccatorum. (Ubi supra.)

sorprendente y demostrativo de la profunda é inefable verdad del misterio!...

Acordémonos de que cuando el prodigio de la multiplicación de los panes, el Señor, según refieren todos los Evangelistas, elevó los ojos al cielo, dió gracias á su Divino Padre, bendijo el pan que había tomado en sus manos, le partió, y le pasó á sus discípulos para que le distribuyesen al pueblo. Pues bien; habiendo repetido exactamente las mismas ceremonias al instituir la Eucaristía, nos dió evidentemente á entender que en esas dos circunstancias se trató del mismo misterio: que el prodigio operado en el desierto era el ensayo, la figura del prodigio todavía más grande obrado en el Cenáculo; y que aquí trasformó el pan en su verdadero cuerpo para alimento de las almas, en virtud del mismo poder divino por el cual había, un año antes, multiplicado el pan para el alimento de los cuerpos. Es, pues, evidente que la consagración del pan en la última cena, fué un verdadero prodigio.

De ese modo se encuentran enlazados la revelación hecha en la sinagoga de Cafarnaum, y el misterio cumplido en Jerusalén: así se hallan reunidos mutuamente la sinagoga y el Cenáculo, colocados uno enfrente del otro como para hablarse y contestarse recíprocamente, para servirse uno á otro de esplicación, de comentario y de prueba.

¡Cuán admirable es esa economía de la Sabiduría divina!... ¡Cuán maravillosamente sirve para establecer la verdad de tan grande misterio!... Aun cuando no tuviésemos más que la revelación y la promesa de la Eucaristía referidas por San Juan, y de ningún modo la relación de su institución tal como nos ha sido dada por los otros Evangelistas, ó bien si no tuviésemos más que la narración de su institución, si la de su revelación y de su promesa, uno ú otro de esos pasajes del Evangelio, ex-

plicado por la tradición y confirmado por la creencia constante y unánime de la Iglesia, bastaría por sí solo para establecer el dogma de la presencia real. Pero nuestro amable Salvador no quiso establecer solamente sobre una de estas dos narraciones, el testimonio escrito de tan incomprensible verdad: quiso que sus historiadores sagrados anotasen igualmente la predicción y la ejecución, la palabra y el hecho, la promesa y el cumplimiento del mismo misterio. Si queréis saber lo que hizo el Señor cuando, tomando en sus manos el pan y la copa, dijo, según San Mateo, San Marcos y San Lucas: «Tomad, este es mi cuerpo, esta es mi sangre;» recordad el lugar en que, según San Juan, dijo en términos bien claros y formales: «El pan que yo os daré será mi propia carne, que debe ser inmolada por la salud del mundo: yo convertiré mi carne en verdadero alimento, y mi sangre en verdadera bebida» (1). Ha realizado la grande verdad que había meditado; ha cumplido la tierna promesa que había hecho; ha establecido el grande Sacramento que había anunciado; ha cumplido su palabra de darnos á comer un día su propio cuerpo, y á beber su propia sangre. Ya no son, pues, posibles las dudas tocante á la presencia real de nuestro Señor en ese Sacramento. No hay en él otras tinieblas que las que son inseparables de los misterios de Dios, ó que, en su estúpido orgullo, acumula á su placer la razón del hombre. En cuanto á la razón humilde, dócil, sumisa á la palabra de Dios, todo en ese misterio está claro para ella, todo está limpio, evidente, acepta su verdad con trasporte y la conserva con fruición.

Por consiguiente, no es posible formarse una idea de la agradable sorpresa, del encanto, del consuelo de los

(1) Panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Caro mea verè est cibus, sanguis meus verè est potus.

Apóstoles al ver operado ante sus ojos tan grande misterio. Ya hemos visto que cuando el Señor les hizo su revelación, contestaron, en la persona de Pedro, con la protesta más humilde, más confiada, más generosa; y que entonces hablaron, según observa San Juan Crisóstomo, el lenguaje más característico de un verdadero y fiel discípulo de Jesucristo, que no tiene ningún deseo de sondear curiosamente los oráculos de su Divino Maestro, sino que se limita á escucharlos con docilidad, aun cuando sean oscuros, y á creerlos con humildad, aun cuando sean incomprensibles, aguardando, con una resignación perfecta, el tiempo en que plazca al Divino Maestro darle su significación é inteligencia (1).

Ese tiempo llegó para los Apóstoles en la última cena. El Señor, tomando entonces el pan en sus manos, y convirtiéndole por su omnipotente palabra en su cuerpo, declaró, por ese solo hecho, que el pan terrestre y visible es la materia escogida por Él para servir de velo á un pan celestial é invisible, y que bajo los accidentes del pan material, que mantiene la vida del cuerpo, se oculta el alimento espiritual y divino, que proporciona la vida eterna del alma. Los Apóstoles, en aquel momento, vieron, pues, con sus ojos la verdad del misterio, de que habían oído el anuncio con sus oídos; contemplaron la realidad de la promesa en que habían creído, y en recompensa de su fe recibieron, dice San Cirilo, la solución clara y sensible del enigma divino, solución de que los discípulos apóstatas en Cafarnaum se habían privado voluntariamente por su incredulidad y su orgullo (2).

«Este es mi cuerpo, tomad y comed: esta es mi sangre,

(1) Nec discipuli est, quæ Magister tradit ea curiosius investigare, sed audire et credere, et idoneum tempus solutionis expectare. (San Juan Crisóstomo.)

(2) Vide quomodo insipientibus et credere nolentibus non explicavit: sed jam credentibus clarissime expromit. (San Cirilo.)

tomad y bebed.» Lo cual fué, como si el Divino Maestro les hubiera dicho: «Este es el pan bajado del cielo; ese pan, mejor que el maná, ese poderoso y milagroso alimento que os había prometido el año último. En ese pan, que ya no lo es, he encerrado todo mi cuerpo; en ese vino, que ya no es vino, he recogido toda mi sangre. Ya conocéis, pues, á estas horas ese *cómo* que vuestros antiguos colegas se hicieron indignos de conocer. Veis en este momento en que le cumplo, cómo se opera ese misterio predicho entonces, objeto de tantas murmuraciones y ocasión de tantas apostasías. Comprendéis cuán temerarios é insensatos han sido los que, dudando de la verdad de mi palabra y de la eficacia de mi poder, exclamaron entonces: «¿Cómo es posible que nos dé á comer su propia carne?» Y que encontrando extraña mi promesa, y mi lenguaje duro é insoportable, se separaron de mi compañía. Tomad y comed: no se trata aquí de símbolos ni de figuras, sino de cosas sustanciales y de realidades. Ya véis cómo se hace esta manducación verdadera y real de mi carne, de que yo os hablaba entonces, y con cuánta facilidad, por medio de la transformación de ese pan en mi cuerpo, os doy realmente mi cuerpo á comer bajo los accidentes del pan; lleno mi promesa, y cumplo mi palabra: *Accipite et manducate, hoc est corpus meum*.

Lo que acabáis de verme hacer, os enseñará también cómo en virtud de mis propias palabras, pronunciadas por vosotros y por vuestros sucesores sobre la misma materia, sobre el pan y el vino, vosotros también, y vuestros sucesores, convertiréis ese pan y ese vino en mi cuerpo y en mi sangre: *Hoc facite in meam commemorationem*; y cómo por medio de esa grande institución, estando en el cielo, podré dar siempre ese alimento divino á vosotros, á mis fieles, á mi Iglesia, y permanecer con vosotros sin interrupción sobre la tierra hasta el fin

de los siglos: *Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem seculi*.

Observad también, hermanos míos, que el Divino Salvador dijo entonces á los Apóstoles: «Comed de él todos; bebed de él todos: *Manducate, bibite omnes*.» Por la palabra *todos*, mostraba que su poderosa palabra no solamente había transformado el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, sino que había puesto todo su cuerpo en cada partícula visible del pan, y toda su sangre en cada gota del vino; de otro modo, no hubiera sido verdad que todos y cada uno de ellos hubieran comido su cuerpo y bebido su sangre, no habiendo sido ese cuerpo dividido en pedazos, ni la sangre también dividida. Mostraba que tenía el poder de poner, de una manera sacramental é invisible, su cuerpo en diferentes lugares, permaneciendo Él en su forma material y visible en el lugar que se veía. Hacía ver en acción, no sólo el prodigio de la *Transubstanciación*, sino también el de la multiplicación simultánea de su cuerpo divino, que los cafarnaitas no habían querido creer, aunque habían tenido el ensayo y la figura en el prodigio de la multiplicación de los panes. Consolaba de este modo la fe de los Apóstoles, y fortalecía para lo venidero la de todos los fieles: hacía desaparecer la dificultad de poder encontrarse á un mismo tiempo en diferentes lugares. Por lo que ejecutaba antes de su muerte, hacía sensible lo que haría después de ella. Hacía fácil la creencia en la presencia real, aun para el tiempo en que hubiese vuelto á los cielos. En efecto, se encontraba entonces al mismo tiempo sentado á la mesa de la Cena, é invisiblemente en el seno de los Apóstoles, que acababan de recibirle todo entero bajo los accidentes eucarísticos. ¿Por qué, pues, negarse más tarde á creer que, retirado á los cielos, ha permanecido en su Sacramento para siempre y á cada instante con nosotros y entre nosotros sobre la tierra? *Et ecce ego vo-*

biscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi.

¡Cuánto debieron deplorar entonces los Apóstoles la insensata resolución de sus antiguos colegas, que apostataron y se retiraron de la compañía de Cristo por haber querido hacerse jueces de su divina palabra! ¡Cuánto debieron aplaudirse entonces de haber permanecido fielmente adictos á la sociedad del Salvador, de haber, bajo la inspiración del Padre celestial, acogido con fidelidad y creído firmemente su palabra infalible, y haber tenido la dicha de verla cumplida! ¡Ah, cuánto debieron entonces afirmarse más y más en la fe, y exclamar con nuevo entusiasmo en el exceso de su reconocimiento y de su amor: Verdaderamente, Señor, vuestras palabras son la verdad y la vida eterna!... En este momento, más que nunca, os reconocemos y os creemos Hijo de Dios, y el Mesías prometido al mundo.» *Verba vita æterna habes, et nos cognovimus et credimus quia tu es Filius Dei vivi.*

Habiendo permanecido unidos, como los Apóstoles, en la sociedad de Cristo por la profesión de la misma fe, debemos también nosotros entregarnos á los mismos sentimientos de gratitud hacia Dios y de contentamiento interior, mientras que tantos herejes é incrédulos rechazan, como los judíos de Cafarnaum, el misterio eucarístico, y se separan fatalmente de la Compañía de su Divino Maestro, separándose de la Iglesia.

Más ¿por qué medios esos infortunados, juguetes de su orgullo y del espíritu de Satanás, llegan á aturdirse y obstinarse en su incredulidad respecto á este misterio, y á justificar su apostasía? Imaginándose, según las doctrinas de los que los han extraviado, que cuando Jesucristo dijo: «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre,» habló un lenguaje metafórico, y que como por aquellas palabras pronunciadas el año anterior, «si no coméis mi carne no tendréis en vosotros la vida,» no había impuesto

otra cosa que la necesidad de admitir el dogma de la Encarnación del mismo modo, al decir en la última cena: «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre,» quiso hablar de su cuerpo y de su sangre en figura y no en realidad. Ya hemos condenado y combatido la primera de esas groseras y absurdas blasfemias de la herejía (1). Pasemos ahora á impugnar la segunda.

El Evangelio nos atestigua que nuestro Divino Salvador, antes de emprender ciertas acciones, elevaba sus ojos al cielo, daba gracias, y oraba á su Padre celestial. Orar y dar gracias es propio de la criatura, es propio del hombre. Jesucristo, orando á su Padre y dándole gracias por haberle dado todo poder, aun en cuanto hombre, era Jesucristo declarando que era verdaderamente hombre, mientras que por la confianza misma de su oración, por las bendiciones que hacía descender en derredor suyo, y por el aire majestuoso y de seguridad que desplegaba en semejantes circunstancias, se anunciaba el igual de Dios, el Hijo consubstancial de Dios, y daba á entender que la obra que iba á ejecutar no podía ser hecha sino por un Dios. Es, pues, evidente, por la letra misma del Evangelio, que cuantas veces hacía preceder á la acción la elevación de sus ojos al cielo, la oración, la bendición y la acción de gracias, la acción que iba á seguir era siempre un milagro, un grande prodigio.

Pues bien: se ha dicho de Jesucristo, al operar la multiplicación de los panes: 1.º, que tomó los panes en sus manos; 2.º, que elevó los ojos al cielo hacia su Divino Padre; 3.º, que le dió gracias; 4.º, que bendijo los mismos panes; 5.º, que los hizo trozos, y 6.º, que los dió á sus discípulos (2). Y de Jesucristo, al instituir en la últi-

(1) Véase la homilía anterior.

(2) *Acceptit manibus aspiciens in celum; cum gratias egisset, benedixit et fregit, et dedit discipulis.* (*San Mateo*, xiv; *San Marcos*, vi; *San Lucas*, ix; *San Juan*, vi.)

ma cena el sacramento de su cuerpo, se ha dicho también: Antes de ir á padecer: 1.º, tomó el pan en sus santas y venerables manos; 2.º, levantó su mirada al cielo hacia Dios su Padre Omnipotente; 3.º, le dió gracias; 4.º, bendijo el pan; 5.º, le hizo pedazos, y 6.º, le dió á sus discípulos (1). Es, pues, necesario ser muy ciego, muy ignorante en la ciencia de los libros santos para no ver que hay semejanza de cosas entre esos dos hechos precedidos de preliminares enteramente idénticos, y referidos en términos absolutamente los mismos. Es, pues, evidente, por esa semejanza, que el pan de Cafarnaum fué la figura y la profecía sensible del pan de la última cena. Es también evidente que, como en Cafarnaum, el Divino Salvador obró un gran prodigio, y otro no menos grande en la última cena, tanto mayor, cuanto que la realidad es más noble que la figura, y la verdad más noble que la profecía. Que como en Cafarnaum multiplicó el pan, en la última cena multiplicó su cuerpo, y que, en fin, la opinión de la herejía que enseña que Jesucristo en la última cena no multiplicó nada, no obró ningún prodigio, ni hizo más que designar el pan como signo de su cuerpo; que esa opinión, repito, quita toda dignidad á los actos de Nuestro Señor, toda armonía y todo sentido á los textos sagrados, y se encuentra en manifiesta oposición con el espíritu y la letra del Evangelio.

En efecto, si, como los teólogos de la herejía se atreven á afirmar, Jesucristo en la última cena, no hubiese querido designar el pan y el vino sino como figura de su cuerpo y de su sangre, es evidente que no habría hecho nada extraordinario, milagroso y difícil. Pues bien; ¿ se

(1) Qui pridè quam pateretur, accepit panem, et elevatis oculis in cælum ad te Deum Patrem suum Omnipotentem, tibi gratias agens, benedixit, fregit deditque discipulis suis. (Canon Missæ, et Evang. Math., xxvi, Marc., xiv, Luc. xxix.)

concibe acaso que el Hijo de Dios hubiera hecho preceder de preliminares propios de los prodigios una acción por la que no habría operado ninguno? ¿No hubiera sido burlarse de los Apóstoles y de sus sucesores el preparar con tan graves é imponentes ceremonias, un acto que no habría tenido nada de seriamente importante? ¿No hubiera sido chancearse el aparentar querer obrar un milagro, para reducirse á recomendar sencillamente un rito estéril, una ceremonia bien poco significativa, en una palabra, el tomar la actitud majestuosa del Dios de las maravillas para concluir por decir y hacer lo que podía ser dicho y hecho por cualquiera hombre? ¡Oh, falsificadores sacrílegos... que no contentos con haber cambiado en una vana representación el verdadero culto de Dios, pretendéis hacer (¿me atreveré á decirlo?) un histrión del Hijo de Dios!...

En segundo lugar, por la institución de la Eucaristía, Jesucristo ha sustituido, y la misma herejía conviene en ello, la comunión eucarística á la manducación del cordero, que hasta entonces había sido practicada por los judíos, y quiso dejar la ceremonia de la cena como un recuerdo perpetuo de su pasión y de su muerte, pues que dijo, según los Evangelistas: «Haced esto en memoria mía.» *Hoc facite in meam commemorationem*; y San Pablo nos hace conocer así el pensamiento del Divino Maestro: «Anunciareis por ese misterio la muerte del Salvador hasta el momento en que venga á juzgar al mundo (1).» Pero la Eucaristía no es ni puede ser un recuerdo siempre subsistente, una renovación mística y sublime de la pasión y muerte del Salvador, sino en cuanto bajo el velo del pan consagrado se encuentra realmente su cuerpo, y se encuentra en él de una manera, que ese cuerpo divino sea en los accidentes del pan, siempre reducido á trozos,

(1) Mortem Domini annuntiabitur donec veniat. (I. ad Cor., xi, 26.)